

nina. Todos estos nombres son asentados en las cortes de los muchachos con solo el fundamento de su número gusto; y no es mi intencion que pasen por verdades, pues se sabe que los muchachos han tomado licencia para dar vayas á los mas calificados del mundo; y si yo hubiera de tejer historias de seda fina, á fe dijera bellezas de Oviedo y de la cámara santa y del principado de Asturias; pero soy relatera, ensarta piosos, y si tomo pluma en la mano es para hacer borrones, voy con la pluma retizando con orlas de cortapisas; díselo tú, que á mí no me vaga. Va de cuento: Estos asturianos encontré en diversas tropas ó píaras, con tales figuras, que parecían soldados del rey Longaniza ó mensajeros de la muerte de hambre, lo cual creyera cualquiera que los viera flacos, largos, desnudos y estrujados y con guadañas al hombro; vi también que llevaban unas espaditas de madera en la cinta; paréme á pensar qué podía ser aquello, porque decir que había enemigos que no podían morir sino es con puñal de madera, era negocio difícil de entender, si no es creyendo que eran enemigos encantados como los de don Belvanis; imaginé si era batalla de sopas, en la cual se suele hacer la guerra con madera; pero eso fuera si las espadillas tuvieran forma de cucharas; en fin, no atinando la causa, me resolví de aguardarlo á saber en el otro mundo. Miren si es por ahí la gente corita, pues llevan armas incomprensibles que agotan el entendimiento; los que iban, sin sombreros y casi desnudos, los que venían traían dos sombreros y mucho paño enrollado. De manera que imaginé si acaso iban á la isla de los Sombreros, y allí los segaban con aquellas guadañas; en lo del paño tuve envidia, porque las mujeres somos grandes personas de andar empañadas, y de los sombreros tuve curiosidad; así, con toda mi inocencia pregunté á un asturiano lo siguiente: Hermano, decidme, ¿cuánto hay desde aquí á la isla de los Sombreros donde segais, y desde aquí á la isla Pañera, donde os habeis empañado? El bellacon del asturiano debía de ser hijo de la Pernina y tener la redoma llena; respondió: Señora, los sombreros se siegan en Badajoz, y el paño en Putasi, digo en Potosí. A esto le repliqué luego: Yo entendí que me habian engañado; bien haya el que es llano y dice las verdades á las gentes; y diga, hermano, y estas espadicas ¿para qué son? A esto me dijo él: Vamos contra unas mujeres que están rebeladas contra don Alonso el Casto, y porque no es honra pelear con hierro contra gente de corcho, llevamos armas de madera. Preguntéle mas: ¿Y en qué isla es eso, galan? Respondió tan presto: Dama, en la isla del Cuerno. Parecióme mozo alegre y de la tierra; y por diez metí el buen sol en casa y estiré las preguntaderas, y dije: ¿Y esas guadañas? Dice: Son para segar oro para contentar las mujeres ruinas, que son muchas, á las cuales, como por una parte son locas y por todas codiciosas, se les ha encajado que hay en Potosí una muy grande dehesa en que nace el oro con barbas y raíces como puerro; y así, á ruego de muchas, les vamos á segar el oro con estas guadañas, y les dejamos las casas en prendas de que volveremos, y á esto vamos para lo

que cumpliere. Mil gracias me dijo el asturiano; preguntéle por qué los de su tierra no tenían cocote. Y díjome: Señora, en Asturias entre dos hombres tienen una cabeza partida por medio; y para que se junten como medias naranjas, están así sin cocote para estar lisas y juntas. Preguntéle que por qué andaban en piernas los asturianos; dijo que porque hay una profecía de Pero Grullo, que fué asturiano, de que en Asturias ha de venir por el rio una avenida de oro y toneles de vino de Ribadavia, y por estar prevenidos para la pesca andan siempre descalzos. Preguntéle que por qué hablaban siempre en tonillo de pregunta, y dijo que como tienen fama de que yerran mucho, preguntando siempre puedan decir que quien pregunta no yerra, si no es que pregunte lo otro, que ya me entiendes; también dijo que hablaban en tono de pregunta, porque como están lejos de corte, siempre llevan de acarreo respuestas. Ibanse lejos los compañeros, que á no verlo traza tenía el asturiano de entretenerme todo el día. Verdaderamente parecía noble, y sin duda lo sería, que aquella tierra tiene las noblezas á segunda azadonada, dado que los nobles de aquella tierra son ilustre y heroica gente. No te he dicho del traje de las asturianas. Oye: unas traían unos tocados redondos que parecían reburujon de trapos en empujo de melecina; otras los traían que parecían turbantes de moros; otras, las mas galanas, azafranadas como cabeza de pito; otras de tanto volumen y de tal hechura, que parecia tejado lleno de nieve; vi tantas diferencias de ellos como hechuras de pan de ofrenda. En aquella sazón traían todos lujo por una persona de la casa real, y era cosa de risa ver los lutos de las asturianas. Una vi que por luto traía una soleta de calza parda, presa con dos alfileres sobre el tocado. Puramente me pareció que las ánimas de aquellas asturianas debían de ser de casta de truchas empanadas en pan de centeno, porque quien viera un rostro negro, una mantilla atrás, y otra adelante, no podía pensar sino que allí vivían empanadas las ánimas no incorporadas ni humanadas. Pues ¿las diferencias de los calzados no eran donosas? Unas traían unos zapatos de madera, que llamaban abarcas, con unas puntas de madero, que parecían cola de ternero retozon. Si aquellas mujeres supieran escribir, con los piés pudieran firmar, que aquel pico sirviera de pluma. Otras usan unas sandalias, que llaman zapato de apóstol; estas son de cuero ó pellejo, y las traen atadas con un cordel tan fuertemente, que despues de calzadas pueden en las soplantes hacer son como pandero; y creo lo hacen á veces á falta de ténpano. Otras traen unos zapatos de vaca, no cosidos, sino clavados con tan fuerte clavazon, como si fuera postigo de fortaleza, y aun algunas para vestir tan al propio como al provecho, traen echados tacones de herraduras viejas. Una cosa vi en que juzgué que los asturianos deben ser volteadores de inclinacion y aves de caza, porque sus madres los crían en el aire. Y es que van camino ocho ó diez leguas, y llevan los muchachos en unos cestos ó banastos sobre las cabezas; si como los traen en el aire, fuera en el agua, segun razon, habian de ser pescados, y cer-

ca andan ellos de ello, pues no suelen tener casi nada de carne. Verdad es que á ellas les sobra.

Todas estas visiones llevara en paz y en haz de mi gusto si encontrara alguna de buena cara; pero teníanla todas tan mala, tan negra y abominable, que yo imaginé que eran salvajes escamados, y que quitados los pelos y cerdas, habian quedado así las caras sin barbas. Yo no sé cómo, siendo aquella tierra fria, son aquellas mujeres negras, porque el color negro es efecto de mucho calor, como se ve en el cuervo; mas debe de ser que con el frio se queman y ennegrecen como los naranjos cuando se hielan, ó se deben de afeitar con color de guinea, ó las paren sus madres en los cañones de las chimeneas, ó las ponen al humo que se acecinen, ó cualquier cosa; ya seria posible que como Asturias ha sido y

será el muro de la fe, y la herejía tiene por antecristos al ocio, al gusto y al dios Cupido, proveyó Dios de estas malas caras, porque sin duda, viendo estos caballeros tan malas visiones, se tornaran á la herejía, su señora, diciendo: Señora, hay peste; no es tierra para nosotros, que no viviremos dos días; y con esto dejará la herejía la jornada y el intento de entrar allí, santo y bendito. Ahora digo que las doy licencia para que sean feas del papa, pues tanto importa.

APROVECHAMIENTO.

Animos libres y holgazanes solo ponen su fin en cosas vanas y de poco momento, olvidándose de las cosas sólidas é importantes.

LIBRO TERCERO.

LA PICARA PLEITEISTA.

CAPITULO PRIMERO.

De la hermana perseguida.

Tercetos de ecos engazados.

Pusieron en Justina sus hermanos
Manos, lengua, y tras esto una demanda:
Manda el juez pague costas de escribanos.
Vanos jueces, dice, apelo al almirante,
Ante el cual llamaré á Justez de Guevara
Vara de manteca y pecho de diamante.

Ya, Dios norabuena, asenté real en Mansilla: fuéme como en real, pues contra mí asestaron sus tiros los que mas obligacion me tenían, hermanos y hermanas, unos por codicia, y todos por envidia; y esto duró lo que bastó, y aun lo que sobró, para desengañarme que la esperanza de buen suceso era ninguna, porque la ocasion era tan durable como mi persona; y aunque á los principios me mostraban hocicos solos á boca cerrada, de ahí á poco abrieron la boca y desbocáranse; luego mostraron dientes, luego me mostraron las manos, y luego las uñas, cada cosa por su orden; tras ten con ten, pinicós; tras pinicos, andadura; tras andadura, trote, y tras trote, asomo de garrote. Como el odio es fuego, si una vez mina el alma, crece, y cuando mas no puede, revienta. Mis hermanos siempre salían con decirme que yo era libre y pieza suelta; y esto de pieza suelta me repetían cada paso, porque demás de parecerles injuria, la tenían por brava elegancia. Yo jamás les respondía de veras por no les dar ocasion á que la tomasen, sino hacia mis letradas por vía de gracia, que siempre tuve esta por muy buena manera de responder, que la tal respuesta tiene lo bueno de la venganza y lo bueno de trapajija. Es fruta madura para

N-11.

el dador, y verde para quien la recibe. A esto de pieza suelta les solía yo decir: Por cierto que no os entendéis. En realidad de verdura, que una moza villana, digo de villa, yendo á ciudad, es como peon que en yendo suelto se hace mas pronto dama, segun dicen los jugadores del juego de los de Alba, que es el de los escuques. Deciales mas: ¿Qué sabeis vosotros si con esto granjearé yo un casamiento con que honre á mi linaje y sea nuestro meson casa solariega, y se llame la casa de los Dieces ó de los Justinos? ¿Cuántas doncellas las envían sus padres á comedias y fiestas para que finjan que van sin licencia, en demostracion de las finezas de amor, solo á fin de que acarreen á casa un novio mostrenco de los que creen á las quince? Andad, que bolos son diablos, como dijo el otro que iba á birlas y le faltaban diez. Donde no se piensa salta la liebre, y andaba sobre un tejado. Creed que antes ser pieza suelta me ha de hacer á mí mucho provecho, y quizá á vosotros otras veces; pardiez, espumaba la olla y despumaba la mar, y les decia con toda la cólera del mundo y del diablo y la carne: ¿Qué, pensábades que me habia yo de estar aquí hecha monja entre dos paredes? Nunca medre Justina, si vosotros tal viéredes en los días de vuestra vida, aunque viváis mas que Matuta. No ha habido monja en nuestro linaje; no quiero yo ser la primera que quiebre el ojo al diablo. No en vano dice el cantar: Mariquita, daca mi manto, que no puedo estar encerrada tanto. Estas gracias no podían sufrir, que eran para ellos sol de marzo, que parece que sabe y da mazada. En fin, viéndome moza de tan buen descarte, mis hermanos me querían tan mal como si de hermana me hubiera vuelto en almorrana. ¿Qué piensas? Vi-

10

niéronse á poner conmigo en contarme los pasos, en fingir quimeras, y todo era sobre que yo les pedía mi hacienda. ¡Ah interés, interés! mas puedes que la natura, pues ella me dió hermanos, y tú me los volviste culebrones. Hacíanme fieros, y aun si va de confesion, me pusieron las manos, y no para confirmarme, ni aun para componerme el albanega. ¡Ay me! que no hay peores ni mas crudos verdugos para una mujer que hermanos. Estos, para decir desvergüenzas, se aprovechan del privilegio de hermanos; para reprimir y quitar gustos, del oficio de padres; para regalar y hacer bienes se acotan á hombres, y no mas, que en esto se dice que son tiranos; y para si una pobre moza hace algo, luego tocan á la hermandad y aun al arma. Un mal hermano es enemigo, como la carne, que no la podemos echar de nosotras. Quien dijo hermano, dijo herir con la mano; hablo de los que tienen tan corrompido el amor como el nombre. Mis hermanas me ayudaban poco; antes creo ellas descomponían la paz y armaban las pendencias; y sabido el por qué, no era otro sino que me oían dama y orgullosa de condicion, y no podían llevar mis cosas. Maleaban con los de fuera mi crédito, y con los de dentro mellaban mi honra. La tije-rada me daban, que me toreaban la ropa, y ainda. Decían de mí que era una arpía, que había yo sola gastado á mis padres mas que todas; y tenían razon, que yo gasté á mis padres todo el caudal de entendimiento, y no dejé que heredasen. Esto sí gasté mas que ellas; mas de hacienda, yo aseguro que la mitad del tiempo comí lo que no entrara jamás en casa, si no fuera á contemplacion mia.

Es ordinaria condicion de gente villana perseguir las personas de buen entendimiento. A este propósito pintaron los sabios á la villanía como corneja, y á la nobleza como águila; y es la causa, porque el águila es tan noble de condicion como libre, y la corneja tan envidiosa como villana. Es de manera, que la corneja siempre anda maquinando males al águila, tanto, que cuando mas no puede, se le pone frontera al águila para hacerla gestos; mas ella, como reina, no estima por afrenta lo que hace una ave vil, vasalla suya, que es tan para poco, que aun muerta el águila, puede comer, y de hecho con sus alas como las suyas y las de la epantera. Esto para mí no era consuelo, porque yo quisiera comerlas en vida y no aguardar á cuando muerta, que entonces no es tiempo de comer.

Es muy propio de ignorantes envidiar á los sabios, y todo menesteroso tiene envidia de aquello que no tiene. Cuando yo veo que el elefante sufre que se quiera con él levantar á mayores un raton, no me admiro de la enemiga y odio natural y entrañado que tienen los hombres de corto y ratero y ratonado entendimiento con los de bueno. Persigue el raton al elefante, por ver que el elefante tiene todo lo que á él le falta. El elefante es enamorado, y tanto, que los pechos de una doncella pueden matarle de amores, con ser hembra de especie diferente; y como el raton es tan vil que tiene por madre y padre la corrupcion, telarañas y tierra de sotam-

banos, y las menos veces engendra un raton á otro, de aquí procede que el raton persigue al animal en quien florece la inclinacion de engendrar, la cual, segun he oido, llaman los filósofos divinísima; y á fe que es mucho para ser cosa tan de acá abajo. Otras muchas propiedades tiene el elefante, como son grandeza, procedidad, compañía, habilidades varias, gustos de comidas, nobleza, gratitud y excelencias, que no hay en el raton; por lo cual, no reparando, en que el elefante le puede sorber como á mosquito, le pretende hacer guerra con grande detrimento suyo, no por otra causa sino porque lo que al raton le falta de calidad, le sobra de envidia al elefante; en fin, que mis hermanas eran ratones, y yo elefante. Mal haya el haber nacido sin trompa, que á tenerla trompeara el cuerpo y trampear la hacienda. Con estas consideraciones me animaba á tener por honra esta contienda, y por calidades esta porfia; pero como, en fin, las mujeres no somos de hierro, no es mucho que ratones que matan elefantes, mirando la trampa de mí entono, de cansada me venciesen. Tras todos mis males me pusieron demanda de mi hacienda ante la justicia de mi lugar. Para mí fué la justicia justicia, para mis hermanas misericordia. En resolucion, el señor Justez de Guevara, que así se llamaba el cogedor de mi pueblo, me condenó á desheredada y que pagase costas de escribanos. ¡Qué año para no quererlos como á dolor de ijada! ¡Ay de mí! Para mí tenía vara de hierro, y para mis contrarios de manteca; harta de esta enjundia hacían mis hermanas. A estas sí consentían mis hermanos que saliesen á deshora á informar la justicia en el pleito, y esto no les afrentaba; y si yo miraba al cielo, ya pensaban que llevaba el rio el ojo á la puente; todo esto se excusara si Justez me hiciera justicia. Dios nos libre de pleitar en pueblos chicos, donde hace la cabeza del proceso la envidia; el proceso, el soborno; los autos, la afición; la apelacion, la del alcalde; la revista, solturas, y sobre todo el dinero. Hizome daño el ser conocida por burlesca, que nadie se atrevía á hacer conmigo alparcería, pensando medrarian conmigo como el melado y Bertol. Llamábase el corregidor de mi pueblo Justez de Guevara; y aunque por el nombre de Justez me debía favorecer de justicia, mas pareceme que se acotó el apellido de ladrón. Mas á fe que no se fué alabando, que de *p á pa* lo conté al almirante mi señor.

Viendo pues que cada día salía para mí el sol con ceño, y para ellos sol de boda, determiné ir á buscar tierra donde el sol no fuese embarrador. En fin, determiné irme á Rioseco, adonde estaba el almirante mi señor, á seguir el pleito en grado de apelacion y hacer á derechos el negocio de mi partija. Muchos hermanos juntos por maravilla están en paz. Son como nabos muy atestados, que no los penetra el fuego; como arcabuz muy atacado, que revienta, y como plantas juntas en la tierra de do nacieron, que si no se apartan y trasplantan, nunca medran. Y con esto terná suficiente excusa mi determinacion; y si esta no bastare, llámome Marimaricas, que es tanto como hacer ceribones. Dirásme:

Pues ¿cómo se partió Justina tan de súbito? Aguarda, amigo interrogatorio, verás que tomé gentil carrera para el salto; y sábetete que para esto veinte días antes hice un ruido hechizo, y fué que descerrajé unas arcas en que me tenían encerradas unas joyas mías, las cuales saqué con otras niñerías comuneras, que valían buen dinero. Moneda no la saqué, porque no fache geito, como dijo el galateo, y porque no estaba madura, como dijo la zorra; ello voluntad visto habías, como dijo el vizcaíno. Mas porque el disimulo del descerrajar no era bastante á encubrirme, antes en caso que me partiese me hacia mucho mas sospechosa, hice otra cosa que me aseguró, y fué que á cierto galán floreado, á quien yo daba alguna audiencia, á la buena fin le dije que me importaba que á las cuatro de la mañana pasase por mi calle y por junto á mi puerta corriendo, y fuese por cierta vereda, y que si fuesen tras él, hurtase el cuerpo á quien le siguiese, y al revolver un canton, quitase una media nariz postiza, y que si le diesen grita, y le dijese al ladrón, él también á bulto lo dijese para disimularse; y que lo mas presto que pudiese, pusiese los pies en polvorosa. No le dije mas, y él lo hizo sin discrepar, que como el amor es ciego, á cierra ojos obedece. Aguardé al punto concertado, y poco antes que pasase, arrojé desde la ventana dos piezas de plata, una taza y un copon, y comencé á dar voces: ¡Al ladrón, al ladrón que nos lleva robada la hacienda! Levántanse despavoridos y en camisa los de mi casa y los vecinos; corren tras él, y no le pudiendo dar alcance mas que si fuera hombre de sombra ó sombra de hombre, se tornaron no con poca risa de la gente que los vio ir y venir desnudos. Yo les dije al venir: Levantad esas dos piezas de plata que se le cayeron al bellaco. Y con esto hizose mas que creible que aquel ladrón había entrado y descerrajado las arcas. El mozo no pudo ser descubierta, porque, demás de que corría con la ligereza de un pensamiento, se puso la media nariz de máscara que yo le di, y al revolver de una calle, se la quitó y tornó atrás, y comenzó con los otros á apellidar al ladrón. Con lo cual fué imposible dar en él, como ni en mí. Yo luego comencé á entablar mi juego, y les dije que mirasen que aquello era castigo de Dios; y todos aquellos veinte días, antes que me partiese á Rioseco, hacia ruidos hechizos como de trasgo, y estallidos como de amenazas de ruina, hasta que un día de San Cristóbal, puesta de rodillas ante una imagen, oyéndome ellos, dije: Yo hago voto á tal, y á tal (ellos pensaron que de meterme monja, y parece ser que se alegraban, esperando que renunciara lo demás de mi legítima, mas saliéles el sueño del perro), voto á tal y á tal de no anochecer en esta casa, porque no quiero que se caiga y me coja en pecado mortal de odio y de rencor, que no solo hay en ella ladrones de la hacienda, sino de la paciencia, y aun parece que los diablos andan en esta casa. Díjelo con tal grima, que les puse miedo, y aunque me dijeron que estaba loca, tenían temor, y tanto, que aunque me vieron tomar el manto y mi atillo, me dejaron salir pensando que de veras y de temor me iba en casa de algu-

na vecina. Ya yo tenía prevenido un truchero cosario que me llevase á Rioseco, y así lo hizo.

Entramos las truchas y yo frescas y corriendo sangre. Frescas, porque entramos de mañana; y corriendo sangre, porque la burra sin duda iba pensando algun consonante para alguna copla, cuando se le resbaló un pié quebrado, y me sarjó las narices de la vena de las dos ternillas, y fué la sangre, que me salió mucha. Así supiera hablar aquella sangre inocente, y cómo dijera: ¡Aquí de Dios, justicia contra los mesoneros de Mansilla y contra aquel ladrón de Guevara! Y si debió de decir, sino que con el frío llevaba el pecho apretado, y lo otro era de mañana, y como estaban todos en las camas, no la oyó nadie gritar. Púdose decir por ella lo que dijo el alcalde bobo á Mariforzada: De hablar hablaste, y mas no te entendiste.

APROVECHAMIENTO.

Los malos no saben tener paz aun entre sí mismos, que lo heredan del demonio, que es príncipe de las discordias.

CAPITULO II.

De la marquesa de las Motas.

Versos heróicos macarrónicos.

*Ego poeturrius, caballino fonte potatus,
Ille ego qui quondam Parnasso in monte pacivi
Jam sum cansatus luteas tristic derelejas;
Jam cantare nolo porrazos, atque carchetes,
Non porra Herculee, non jam Roldanica moza
Arridet mihi. Cosas de mara minorí
Nunc cantare volo. Fessum turnam, atque mazoream
His quasi gladiis Justina picaña triumphat;
Quam caritiores titulis regalibus ornant.
Hec est hilanderarum princeps sublimis.
Hec cardatorum barbarorum stafatora.
Hec veltularum et brumarum garduna subtilis,
Inter accertatos, hec est marquesa Motarum;
Atque inter pcaros, hec est picaña suprema.*

¡Qué vieja cosa es entre oficiales de audiencia untar con manteca los pleitos para que den de sí, como los de cierto pueblo, que untaron un banco con manteca, para que diese de sí y cupiese mas gente; y si cupo, mas fué porque se quitaron los capotes; pero la untura de estos escribas hace que quepa un mundo en sus manos, y todo con capote de justicia. A vara de justicia, que siendo tan delgada, hace sombra mas que el árbol de Nabico de Sorna, como dijo el bobo, y con ella se disimulan y encubren hartas cosas, no lo digo sin propósito, que soy linda aplicativa. Es el caso que pensando que mi negocio era mas breve que acento de monjas, aun no despedí al truchero, que esto de negociar como sale tan del corazón, siempre camina con alas; pero un solicitador mío que hacia mi negocio, aunque mas el suyo, me dijo que sería mi negocio largo. Pensóme, porque se me representó que quería gastar papel, tinta, dinero y tiempo, á costa de la pleitista novicia; é hicele un gesto de golosa en miércoles de Ceniza. Y como él viesse que yo me amohinaba de tan largas esperanzas, y temiendo no me solicitase otra para darle la ganancia de solicitador mío, deseoso de no me des-

aparroquiar, me apuntó cierta vereda y camino para abreviar mi negocio, diciéndome que por el camino que él me apuntaba había tanta diferencia para negociar como hay diferencia en andar un camino á caballo y con acicates á las quince, ó andallo á pié y con muletas y á legua por día, y á veces tornar atrás, y añadió: Y con todo eso es via ordinaria. ¿Qué così così? ¿Pensó el necio que ignoraba yo aquella junciana si la quisiera usar? Y así le dije: Señor mio, no me está á cuento la abreviatura que me ofrece de mi negocio; á otro hueso con ese perro. Entonces él, por abonar su yerro, me comenzó á decir: Pues en verdad, señora, que han venido á mí pleiteantas que han seguido mis consejos, y alguna pleiteanta entró á pié, pobre y sin blanca, que salió con sentencia en favor y con dinero de sobra y á caballo, y todo por orden mia. También me dijo que entendiéndose era mucho lo que me ofrecía, y tornó á repetirme lo de la comparacion del que anda el camino á pié ó á caballo. No tenía este necio otro estribo de su arenga ni de su amor, sino esta comparanza torreznera; y por darle tapaboca y que se le acabase la listeci-lla con que quería hacer ostentacion del abismo de su aviso, le dije: Señor mio, usted se resuelva, que yo quiero que mi negocio camine á pié y con muletas, y ándese lo que se anduviere, que bien sé yo entenderme con muletas, y aun con mulas. Aquí de Dios, no me muela, que este pleito no es de á caballo, sino de á pié. Haga cuenta que es mi pleito mendicante. El solicitador, viendo mi resolucion, redujo sus motus propios á mi derecho comun, y prometió acortar rienda y tiempo. Con todo eso, no fué muy poco el que tardó; pero no tanto como fuera si yo no le hubiera cercenado el portante. Yo tenía mucha cuenta de cebar la lámpara con dinero, y con esto me parece que no se perdía lance, á lo poco que á mí se me entiende de pleitos. Nunca daba dinero adelantado, que son peores que sastres algunos escribanos y letrados, y antes esto les descuida que les aviva. Aguardaba á la puerta de la audiencia con el dinero en la mano, y con esto era como llevar cascabeles para que á mí son danzasen. Lo que nunca pude acabar con el escribano fué que metiese mas letra en las planas, que iban tan apartadas las partes, que parecían que estaban reñidas ó que eran rebujones de cabellos en cabeza de tiñoso, ni con que tomase los derechos delante de testigos. No sé qué misterio tenía esto, aunque sí sé, que mi bolsa me lo habló; harto ánimo tenía para gastar, que esto de pleitos es como pasion de cátedras, que saca fuerza de flaqueza, y hace que las gentes sean como las perdices de Paflagonia, que tiene cada una dos corazones; mas como el corazon y la bolsa no se cortaron en una misma luna ni tienen una misma propiedad, vino á ser que el corazon se me hinchó de esperanzas, y la bolsa me vació de dineros, á dos veces á pedir lana para hilar en compañía de la vieja mi huésped, y traíamsla de casa de un cardador que vivía junto á San Andrés. Era el cardador muy barbado, como ellos suelen serlo de ordinario, á causa de que el aceite y el arroyo de berrueces tienen el ar-

liberar sobre el medio para tener dinero, imaginé si sería bueno vender las joyas, las cuales son las mas ciertas suplefaltas y fiadores abonados en semejantes trances. Pero si no me engaño, paréceme que me dijeron que no querian salir de mi casa, porque no esperaban tener otra tal ama, y tenían razon, porque ama que así las sacase á vistas, ninguna como yo; sin embargo de esto, parecióme que era lástima vender piezas ganadas en tan buenas lidés; y que aunque hubiese dinero para pagar su valor, pero no mi estima, porque eran mis joyas invencibles, ni aviculadas á mi mayorazgo, pero estábanlo á mi gusto, y por tanto, me resolví de buscar dineros por otra via.

Dijeme á mí misma: Ea, Justina, ¿no eres tú la que hallas Indias entre salvajes? No eres la que arenillas de campos vuelves arenas de oro? ¿La que en las romerías haces hechos romanos? La que sacaste un Cristo de oro de poder de un sayon? Pues confía que ahora saldrás de aqueste aprieto, pues eres la misma que antes, y tu ingenio el mismo. Andaba mi cabeza como rueda de molino, y molió un poquito de lo bien cernido, digo, que al cabo acerté con el punto de la dificultad; y tanteando la disposicion del pueblo, la ocasion presente y esperanzas futuras, di en la mejor traza que se pudo imaginar; óyela, que yo sé que te cuadrará, solo no me pidas cochite herbite, que yo cuento de espacio, aunque trazo de prisa.

Yo vivía en una calle donde moraban muchas hilanderas, que hilaban lana de torno, y tambien mi posala era en casa de una viejecita, que el rato que le sobraba de hacer los ejercicios que abajo verás, lo gastaba en hilar lana de torno. En esta calle había especialmente tres famosas viejas hilanderas, que, segun eran enemigas del género humano, parecían las tres pareas que hilan las vidas, y la principal era mi huésped, que está de Dios que yo he de topar siempre con casas señaladas. Parecióme que con este trato podría tener alguna granjería, no en hilar, que por mis pecados nunca llamé granjería lo que no se hacia solo con gorjear, sino en lo que verás. Mas como para un trato tan mecánico como este era necesario bajar el entono, determiné mudar pellejo como culebra, quiero decir, mudar de vestido. Así lo hice. Recogí mis joyas, corales y sartas, mis sayuelos y mis sayas, mi manto y rebocíños, y quedéme, como representante desnudo, con sola una sayita parda y corta, una mantellina blanca, mi zapato mocil, en fin, á lo hiladero. Ello el jemeillo de cara siempre puesto en razon; que por virtuosa que sea una mujer, nunca se suele olvidar de esta estacion, y yo en particular siempre tuve por opinion que no hay traza buena que no tenga en la cara el molde. Y esto mejor lo sé entender que explicar.

Puesta pues como pícara pobre, aunque no rota, fui una ó dos veces á pedir lana para hilar en compañía de la vieja mi huésped, y traíamsla de casa de un cardador que vivía junto á San Andrés. Era el cardador muy barbado, como ellos suelen serlo de ordinario, á causa de que el aceite y el arroyo de berrueces tienen el ar-

rendamiento de las barbas de España. Ya yo tenía prevenida á mi vieja que llevase mas lana de la ordinaria, para que yo la ayudase á hilar. Ella la pidió de buena gana, y el cardador me la dió de mejor, y aun me prometió que para mí nunca faltaria lana en su casa. Los cardadores no dejaban de decirme sus remoquejes, y yo los llevara menos mal, si no fuera que aquel olor del aceite me daba intolerable fásquia. Mas decíanme mis compañeras que cuando, melindreando, decía: ¡Ay, Jesús, con el aceite y qué mal que huele! se me ponía el rostro como unas flores. Era sin duda de pura congoja, y ahora echo de ver cuán bonita estaba, pues mientras mas me enfadaba yo, mas se desenfadaban conmigo los de la carda. ¡Ah interés villano! que para poseer tu gusto es necesario comerte como perdiz manida, con las narices tapadas. ¡Oh interés, interés! no me admiro que esfuerces á pasar mil mares de agua en navios de frágil madera, ni que el delicado galán y melindrosa dama los cuezas en el frío de la escarcha, nieve y granizo, y vistas de trapos al que pudiera andar como un conde, pues desnudaste á Justina de sus tan queridas joyas y galas, y la hiciste que en compañía de una abominable vieja y unos agaleotados cardantes pasase por los mares del aceite, que son sobre manera penosos, contra quien no bastan alas de paloma ni aun de grifo. ¡Oh interés, interés! bien te pintan con espuelas calzadas y con alforjas, pues en mí vi que de plano me volvíste en mujer de alforja cuanto al vestido, y en mujer de pluma cuanto á la ligereza. Tal era mi diligencia. Así que yo iba y venia en casa del cardador, cuándo con la vieja, cuándo con mis vecinas, hasta que ya me conocian y tenían en aquel obrador y en otros por parroquiiana ordinaria; y me prometieron darme á mí que hilar, sin llevar padrinos ni intercesores ni mas fiadores que mi persona y mi cara. Andados unos pocos de dias, les dije á las tres pareas: Madres, vosotras no os podeis menear, porque una de vosotras es tullida, otra gotosa, y otra coja; y mientras vais y venis en casa del cardador á pedir y traer la lana que habeis de hilar, perdeis de hilar cada una tres libras, y de salud cuatro, porque la congoja que os causa la prisa de tornar á vuestra tarea os acaba, y es lástima, madres, trocar la vida por lana de ovejas; mejor será que vais hoy conmigo todas tres al obrador del maeso, y digais que á mí me entreguen en vuestro nombre toda la lana que vosotras y yo hubiéremos de hilar, que yo daré de todo muy buena cuenta. A vosotras os está bien, y á mí no mal. La paga que de vosotras quiero sea á vuestro gusto; y si le poneis en el mio, digo que no quiero de cada una de vosotras mas que un cuarto por ir y venir cargada, que son tres cuartos entre todas, quemado sea tal barato. Y para decir verdad, lo que mas me mueve es la lástima que os tengo. Las viejas entraron en acuerdo sobre la concesion de estos millones, que para ellas lo eran. Y aunque las demás decían que bastaban tres maravedis, mi vieja, como era la bruja mayor del bato, las hizo acetar el partido. Celebrado este contrato, de mancomun se fueron conmigo y me abonaron con el maeso y maesos,

de lo cual se holgaron no poco los lanudos, viendo que ahorraban de tan malas caras y que el trueco era tan bueno. Con esto entablé yo mi juego como se podia desear. ¿Pensarás que pretendia yo hilar esta lana? Mejor me trasquilen, que yo tal quise ni hice. Yo te diré lo que hacia. Yo traía la lana y encargaba á las vecinas que la hilasen delgada, igual, lisa y á provecho. Cobraba el hilado, tornábalo y dábanme el dinero. Dirás ahora: Pues ¿esa es la famosa traza que Justina tanto cacareó? Pues ¿ganaba Justina en trajinar cada dia treinta ó cuarenta libras de lana? Negros doce maravedis. ¡Gran cosa! Antes parece que era perder tiempo y servir de balde y ser como el sastre del Campillo y la costurera de Miera, que el uno ponía manos y hilo, y la otra trabajo y seda. Advierte, y no te engañes, que si no miras mas de á cómo lo he contado, es como caso de conciencia en materia de restitution, puesto por boca del mismo mercader interesado, que lo afeita de manera, que si encuentra un nuevo teólogo, buscadero de los de á ciento en carga, no solo le tumbará, pero harále parecer que un promontorio de injusticia es monte de piedad, y una manifiesta usura es una variedad heróica. Sábeta que en esto de pedir yo la lana y traerla y llevarla por mi mano tenía yo muchas é infinitas ganancias, que yo había aprendido de hilanderas famosas; que si como me enseñaron á hilar lana, me enseñaran á enhilar rosarios, ellas me aprovecharan mas, y yo me engañara menos; pero ya ves que hago alarde de mis males, no á lo devoto, por no espantar la caza, sino á lo gracioso, por ver si puedo hacer buena pecadora.

Al punto que yo llegaba en casa del maeso, los cardadores, desvalidos y á porfia, se levantaban á tomar el peso y pesas para pesarme las libras de lana que se me habian de dar, para llevar como colectora y agente de mis viejas, para que hilasen; y entonces, ora por descuido del que pesaba, que atendía mas á verme que á poner el peso y pesas en razon; ora por hacerme placer y obligarme, ora por mi ruego, ora porque yo daba al peso un pasagonzalo á lo disimulado, me solian dar dos ó tres onzas, y á veces un quarteron de mas. Vean pues en treinta ó cuarenta libras otros tantos quarterones de mas que me daban, y otros tantos de menos que yo tornaba, confiada en que las mismas diligencias me habian de valer, si era una mina, y sin hilar una mota. Demás de esto, yo ponía la lana hilada en parte húmeda, y como la lana cogia humedad, pesaba mucho mas, que la lana coge cuantos licores se le juntan, y por eso fué je-roglífico de la niñez y del mal acompañado. Hola, amigo avison, que por eso te hago avanzo de mis pasadas travesuras, que para solo decir las bien excusado fuera el hacerme yo escritora. Vino pues á ser que no había dia en el cual con faltas y sobras no me quedasen horas tres, cuatro, cinco libras de lana hilada en mi casa; porque la cuenta que yo pedía á las viejas era estrecha mas que pulgarejo de liendre, y la que yo daba mas ancha que calle de corte. Vendía cada libra de lana por tres, cuatro ó cinco reales, y á veces por siete, segun era; y para abonar mas mi hecho y mi persona y ase-